

ALEJANDRO ROSSI

AGUA DEL TIEMPO

La muerte de Jorge Luis Borges ejemplifica a la perfección ese misterio que, con terminología tradicional o quizás simplemente eterna, llamaré la mezcla o la reunión del alma y del cuerpo. Cuando me dieron la negra noticia sentí una suerte de intolerable contradicción: el dolor de su ausencia física, la convicción de un cabal empobrecimiento de nuestro mundo y, a la vez, la inagotable presencia, no tengo otra palabra, de su alma.

De su alma o —si somos unos mezquinos nominalistas— de su voz. Un alma inseparable, es cierto, de la trabajosa, de la alegre o árida biografía de su cuerpo y que, sin embargo, es capaz ahora —¿cabe acaso alguna duda?— de sobrevivir con plena independencia y de acompañarnos del mismo inimitable modo por el resto de nuestros días. Se me ocurre que esta autonomía tal vez no sea un hecho común a la especie sino un logro, un estado que sólo algunos hombres alcanzan. La mayoría, si me asiste alguna razón, estaríamos fatalmente enlazados a la mortalidad del cuerpo, a su lento o estrepitoso derrumbe.

Quiero recordar ahora la primera vez que lo vi, porque ya entonces sospeché —más física que conceptualmente— que allí se tramaba una alquimia rarísima. Conviene saber que yo tenía veinte años y que era un lector de Borges desde los quince. Un lector inseguro entre esa serpentina de citas desconocidas y una prosa tan distante de mis escritores favoritos de la hora, Azorín perdido en pueblos silenciosos y Baroja pendenciero y tierno. Me obligó Borges a incessantes lecturas nuevas, como un preceptor que me impidiera leer sus propios manuscritos antes de una relativa educación literaria. Más que leer a Borges, yo diría (ahora) que aprendía Borges, porque sus textos eran para mí —lo afirmo casi con pavor— un idioma inédito. En mi vida de lector jamás me ha vuelto esa sensación de novedad absoluta, ese privilegio de asistir a la transformación de una lengua vieja en una nueva. Verbos, adjetivos (maravillosamente trabajados por el modernismo), la respiración de la frase, todo cambiaba de sitio. Aprendía Borges en sus libros (yo recuerdo, con precisión de maniaco, cuando compré un ejemplar de la primera edición de *El Aleph* en la librería Poblet) y también en las entregas mensuales de la benemérita *Ser*, los fascículos de la nueva gramática. Yo sabía, pues, que estaba allí, en algún lugar de Buenos Aires, mago escondido en un bosque urbano. Podrá entenderse mejor, si ésa era mi situación, el sobresalto que sentí cuando un amigo me informó que al día

siguiente Borges daría una conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Marzo de 1952, calor, humedad y todavía las hojas en los árboles.

La conferencia, me parece, era a las cuatro y yo, de manera inexplicable, llegué unos minutos tarde. Un ujier me señaló una puerta cerrada. Aún la veo enorme. Si él no la hubiera abierto, tal vez no habría entrado. Pero tuve que avanzar y para mi azoro me encontré entre el público, a la izquierda, y Borges a la derecha, sentado detrás de una mesa colocada sobre un estrado. Muerto de vergüenza (para colmo llevaba un pretencioso libro en la mano) caminé por el pasillo que dividía las dos secciones de asientos y me escondí —¡por fin!— en una silla junto a un hombre de barba y ojeras amarillas que, años después, reconocí como el poeta Vicente Barbieri. "Llegué tarde, llegué tarde", me repetía con ganas de lastimarme y sin haber escuchado todavía una sola palabra de Borges. Presté atención y no oí, literalmente, nada. La sala en penumbra y allí, al fondo, un conferenciante inmóvil con las manos entrelazadas a la altura de la boca. De pronto se oyó una frase, pero como suelta, como perdida en aquel silencio de cuarto veraniego. Y luego, de la misma manera que en una noche callada descubrimos un ruido secreto, comencé a adaptarme a esas oraciones que llegaban en bloques separados por largas pausas. Como si antes de pronunciarlas las repasara internamente y las limpiara de la más mínima escoria verbal. Hablaba Borges y digo mal, porque en realidad escribía ante nosotros, concentrado, solo, detrás de aquella mesa. Y así, poco a poco, fue construyendo un portentoso texto sobre el escritor argentino y la tradición en el que nos prevenía contra las irrespirables cárceles patriotas y en el que pulverizaba —con humor, con inteligencia diamantina, con ejemplos espectaculares— la aburrida preceptiva nacionalista.

¿Pero lo había visto? Apenas unos rasgos borrosos. Al primer aplauso había desaparecido. Lo encontré abajo, cerca de la salida —yo con notables deseos de ser invisible. Una

señora le hablaba y él asentía con la cabeza. Confieso que entonces lo vi, durante esos breves minutos, con una atención intensa y exclusiva. La memoria visual, ya lo sabemos, es caprichosa y guarda lo que quiere. Me entrega ahora un hombre de estatura mediana y de piel rosada. La otra, la memoria del alma, es más generosa y me concede una emoción purísima e intacta después de treinta y tres años.

Cruzó Borges la calle y se fue caminando por Santa Fe, hacia la plaza San Martín, probablemente hacia su casa. Yo también crucé la calle y lo seguí unas cuadras, a cierta distancia, asombrado en el fondo de que las cosas fuesen así, tan simples y tan enigmáticas, un hombre camina por la calle. Yo todavía lo sigo.●

La vida (a)leve

CADA QUIEN SE LLAMA COMO SE LLAMA

Todo parecía indicar que el Francés ya había regresado de Francia pero ningún signo señalaba su presencia. ¿Acaso el hecho de haber ido a la tierra que le daba nombre lo había abolido, como en esos casos de muerte por declaración repentina del nombre que, más que portar, somos? Parecía que por haber ido a Francia el Francés se había disuelto de la noche a la mañana. Los ojos se le evaporaban en una mirada vacía. En la voz le habían quedado adheridas algunas entonaciones, llevaba envuelto el cuerpo en ropas bien cortadas, de cierta calidad pero que de todos modos resultaban demasiado calientes para el clima del Ecuador. Del viaje había traído una certidumbre que llevaba cuidadosamente escondida debajo del brazo: no era nada excepcional ser francés entre franceses. A medida que esta certidumbre crecía en su interior, se volvía todavía más sólida la impresión de Francés que producía en los otros. Sí, quizá podría ser un francés. Después todo, ¿a cuántos franceses había conocido que pudiesen decir "Mi abuelo era francés"? A ninguno, prácticamente a nadie. Con la diferencia de que su abuela, a los cuantos años de haber envidado, cayó pérdida de amorada de un francés a quien la indeseable puntería de la Providencia borbó muy pronto de entre los vivos. La abuela a partir de entonces perdió no la razón sino la lengua madre que siempre había hablado y, jurando amor eterno al difunto parisino, trató de cumplir su promesa no hablando más que un francés que, a decir verdad, no dominaba del todo. De ahí que diera libre flujo a sus sentimientos a través de interminables cartas que todos los sábados iba a depositar a la capilla ardiente del finado. Jamás se supo qué era lo que le escribía la abuela a aquel señorito respingado que indudablemente se aburría mucho más en el cielo que en

la tierra. Seguramente el Francés tampoco sabía lo que decía aquella tempestuosa y unilateral correspondencia. Pero sí sabía una cosa: la abuela se pasaba toda la semana escribiendo para luego depositar sus mensajes en el cementerio con toda puntualidad. Durante mucho tiempo, el Francés no entendía por qué la abuela se dirigía con tanto ahínco a los muertos. Años después, cuando tuvo que confesarme que una buena parte de él mismo se había helado, sorda y ciega para la naturaleza los hombres y del mundo, pudo comprender lo que en realidad hacía su abuela. Dejó de sentirse compalido por el alias Francés pues sabía que había sido el crecimiento desmedido de éste el que había logrado que aquella parte ahora perdida de su persona fuese lengua muerta. "Parte" prefería decir porque, aunque así lo sintiese, era el corazón lo que había perdido o en todo caso cambiado de lugar. Cada día estaba más cerca de su abuela, desde hace tiempo muerta y cuando se sorprendía a sí mismo oyendo florida el habla de sus paisanos, cuando las palabras de los otros llegaban primero como un oleaje pintoresco y luego se reventaban dejando tras de sí la incierta cauda de sus referencias, se sabía definitivamente desterrado, a hablar su propia lengua materna como si fuese una lengua extranjera, un idioma que hubiese aprendido en la infancia remota y que ahora resurgiera ante él apenas disimulado en el habla de quienes lo rodeaban. Recordó que su abuela no dejaba de hablar francés por el hecho de hablarlo mal, pero se preguntó, no sin antes sonreír para sus adentros, cuál sería la reacción de los vecinos si lo oyeran hablar aquel español que tanto había olvidado y que ahora pronunciaba, como quien pisa hielo, de la manera más cautelosa, cuidando de que los acentos no resbalaran y lo hicieran caer en el ridículo.

Adolfo Castañón

